Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/tristitiaererumI00vill

401

TRISTITIÆ RERUM

(La tristeza de las cosas)

V7127t

Francisco VILLAESPESA

Tristitiæ rerum

(La tristeza de las cosas)

Poesías.

MADRID
Librería de Pueyo
Mesonero Romanos, 10.
MCMVI

150100
12/5/19

ES PROPIEDAD

MADRID: Imprenta de Arróyave, González y Comp.ª, Pizarro, 15.

A Luis de Armiñán

con la admiración y el respeto de su amigo

El Autor.

ORACIÓN

Tristeza,
belleza,
alma de las cosas,
corazón del mundo.
Un dolor profundo
perfuma las rosas.

¡La Naturaleza
es toda tristeza!...
Todo cuanto existe
es un alma triste
que al Misterio reza...

Pupila de ciego
que se alza á la altura
y desciende luego
llena de amargura,

Vidriosa, impregnada
de esa inmóvil pena
profunda y serena
del que no ve nada.

Es triste la vida...
Es la dolorida
ansia del que quiere
contener la herida
por la cual se muere...

Mejillas llorosas...
Crepúsculos tristes...
En todo tú existes.
Tristeza,
belleza,
alma de las cosas,
corazón del mundo!

Tu encanto profundo
tan solo tranquilas
verán las pupilas
que el dolor supieron...

Ojos que de tanto
llorar aprendieron
á llorar sin llanto.

ELEGÍA DE LA JUVENTUD

Sacar en hombros por mi puerta
miré ayer tarde un ataúd,
donde entre flores iba muerta
mi Juventud.

Perdida toda fuerza física
la vi en mis brazos expirar,
como una pobre novia tísica
de tanto amar!

Sobre su cuerpo, las postreras
rosas de Otoño deshojé,
y entre recuerdos y quimeras
la amortajé!

Para no ver su rostro amado
tendí un pañuelo por su faz,
y exclamé en lágrimas bañado:
—¡Descansa en paz!

Lenta la lluvia descendía...
La golondrina iba á partir...
Y hasta la brisa parecía
entre los árboles gemir.

Cármenes viejos de Granada,
en un crepúsculo otoñal
vieron perderse en la enramada
su funeral.

Almas sedientas de ideales
que tanto amó mi juventud...
¡Deshojar rosas otoñales
en su ataúd!

Y tú, incansable peregrino,
que el mundo cruzas sin cesar,
¡si ves su entierro en tu camino,
ponte á rezar!

Sacar en hombros por mi puerta
miré ayer tarde un ataúd,
donde entre flores iba muerta
mi Juventud!

TRISTITIÆ RERUM

A través del paisaje que la lluvia desluce,
pasa una lenta vaca.
Un niño la conduce
al establo.

La bestia su alta cerviz levanta...
Muge maternalmente.
El zagal rie y canta.

Los ojos de la vaca reflejan la tristeza
del otoñal crepúsculo que á declinar empieza.
Los del niño los sueños de un alba color rosa...

Entre las vagas nieblas de la tarde lluviosa,
de la pesada esquila al son ronco y doliente,

camino de la aldea se alejan lentamente,
á su paso dejando en el aire sereno
un eco de amargura y un fresco olor á heno...

La luz se va...
El confuso paisaje se obscurece.
Un rumor de hojas secas el silencio estremece.
Una campana tañe en la iglesia vecina...

A lo lejos un carro quejumbroso rechina,
dejando ver á veces, en las veredas solas
temblar sobre los charcos la luz de sus farolas...

Encendamos la pipa...
¡Alegre tabernera,
que eres en este Otoño como una Primavera
de ensueños florecientes y de inmortal fragancia,
en mi vaso, de nuevo, tu rojo vino escancia!

Cesó el viento... No llueve... El silencio es profundo.
¡Parece que, cansado de llorar, duerme el mundo!...
A través del borroso cristal no se ve nada...
¡Errante peregrino, descansa en tu jornada!

Es hora de que olvides que ya nadie te espera,
que no hay ojos que velen tras una vidriera
por ti, que ya no tienes en la senda sombría
de tu Otoño, ni un dulce labio que te sonría...

NOCTURNO

Blanqueando, á veces, en la enramada
la casa es una
tumba olvidada
que resplandece bajo la luna.

Los aposentos siempre cerrados,
tienen un aire de sepultura.
De noche el eco sólo murmura
rumor de rezos amortiguados...

Por los salones vaga el espanto...
La gente cruza lenta, enlutada,
los rostros pálidos, sin hablar nada,
los tristes ojos llenos de llanto.

Reina el silencio grave y profundo...
Dolor avaro que nada espera,
cual si la vieja casa quisiera
sus mudas penas aislar del mundo.

A la esperanza y á la alegría
ya para siempre cerró su puerta...
¡Bajo la tierra se pudre, muerta,
la blanca mano que la abriría!

Estudiantina que hablas de amores
bajo mis rejas, ligera pasa...
No cruces nunca por esta casa...
¡Déjame á solas con mis dolores!

En tus cantares late la vida...
No le recuerdes al alma triste
que allá en el mundo la dicha existe
y hasta el más santo dolor se olvida...

Blanqueando, á veces, en la enramada,
la casa es una
tumba olvidada
que resplandece bajo la luna.

JARDÍN DE OTOÑO

Corazón, corazón martirizado
por todos los dolores...
Un jardín otoñal abandonado,
sin aves y sin flores.

Las largas avenidas de las citas,
hoy mudas y desiertas,
recuerdan, con su olor á hojas marchitas,
un cementerio de esperanzas muertas.

E inmóviles, los árboles escuetos,
en el gris de la niebla amortajados,
parecen esqueletos
en gestos de dolor petrificados.

Y el agua, que solloza desolada,
al salpicar el mármol de la fuente,

es un alma celosa, condenada
á llorar su traición eternamente.

Blancas manos de ensueño que cuidásteis
del jardín de mis últimos amores,
¿por qué, por qué dejásteis
secar las ramas y morir las flores?

¡Oh, pobre jardinera,
hoy vagas por el parque silenciosa,
como un fantasma de la Primavera,
sin tener una rosa
con que adornar tu negra cabellera!

Las flores que al invierno abandonaste,
cuando las pisas, gimen apagadas...
—¿Por qué, por qué tan pronto nos dejaste
morir, bajo la lluvia, deshojadas?

Y tal vez al cruzar una avenida
te quedarás temblando,
al contemplar bajo tus pies sangrando
la pálida cabeza de un suicida...

Corazón, corazón, martirizado
por todos los dolores...
Un jardín otoñal abandonado,
sin aves y sin flores.

SERENATA Á LA JUVENTUD

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El amor llama á tu puerta...
¡Sal á abrirle, Juventud!

¡No estudies más, estudiante!
Cierra el libro en que aprendiste
bajo esa lámpara amante
á ver la vida tan triste.

Sobre un infolio encorvado
el viejo Fausto medita,
y en su lecho inmaculado
sueña con él Margarita!

La sien de esa calavera,
que en tus horas angustiosas
de estudio, te desespera,
corona de frescas rosas...

Y así, de rosas ceñida,
verás cómo se convierte
en un símbolo de vida
el emblema de la muerte.

No entones más tus plegarias
ante el Cristo solitario...
¡Ya no brotan pasionarias
en las cumbres del Calvario!

Arcángeles y campanas
cantan la Resurrección...
¡Oye esas voces lejanas
dentro de tu corazón!

¡Los sueños que te engañaron,
olvida! !Vuelve á soñar,
que los labios que besaron
sabrán de nuevo besar!

¡Sal á abrir al Prometido
toda trémula de amor,
sin más velos que el tejido
de rosas de tu pudor!

En la calleja desierta
vibra el alma de un laúd...
El amor canta á tu puerta...
¡Sal á abrirle, Juventud!

NIHIL SPES

¡No puede ser! ¡No puede ser!
¿Qué espera
tu amor de esa mujer?
Aunque Ella lo quisiera
y lo quisiera Dios...

¡Un recuerdo, una sombra,
lo que el labio no nombra,
se opone entre los dos!

¡No puede ser! ¡No puede ser! La vida
es la vida, el deber es el deber...
Corazón, corazón, tu sueño olvida.
¡No puede ser! ¡No puede ser!

Como en un ataúd
¡oh, pobre corazón!
encierra en su pasión
toda tu juventud...

Da un adiós á la vida,
y á tu barca, á remar...
á remar, á remar, sin esperar salida,
sin presentir consuelo,
mirando siempre el mismo cielo,
surcando siempre el mismo mar...

Tu suerte es infalible...
Alguien lo quiso así...
Su amor que para todos es posible,
tan sólo es imposible para ti!

•

¡No puede ser! ¡No puede ser! La vida
es la vida, el deber es el deber...
Corazón, corazón, tu sueño olvida.
¡No puede ser! ¡No puede ser!

ELEGÍA DE ENSUEÑO

Como murieron sus hermanos
mi último sueño va á expirar,
y sólo pide que tus manos
vengan sus ojos á cerrar.

Verlo tan débil y tan niño
á todos causa compasión.
Dicen que muere de cariño...
De mal de mucho corazón.

Al escucharle en su agonía
tu santo nombre pronunciar,
siento una gran melancolía
y un ansia inmensa de llorar.

¡Llorar sin término el quebranto
que su dolor me hace sufrir,
hasta sentir deshecho en llanto
mi corazón también morir!

Como una herida golondrina,
como una enferma y mustia flor
que lentamente el tallo inclina,
lejos de ti, muere de amor.

¿Cuándo la blanca serenata
que te entonaba su laúd,
bajo la luna, toda plata,
oirá al balcón, tu Juventud?

¿Quién en las tardes silenciosas
saldrá contigo á meditar,
y en el jardín de frescas rosas
sabrá tus sienes coronar?

¿Quién la palabra de consuelo
te dirá en horas de dolor,
y entre sus brazos hasta el cielo
te alzará en alas de su amor?

Como dos padres sin fortuna
iremos juntos á llorar
á este hijo nuestro que en la cuna
sus tristes ojos va á cerrar.

Verlo tan débil y tan niño
á todos causa compasión.
Dicen que muere de cariño...
De mal de mucho corazón.

OCCÉANO

Á JUAN BAUTISTA AMORÓS

Todo ha muerto, alma mía...
Otra vez estás sola...

Cálzate las sandalias, peregrino.
Empuña tu bordón.
En la remota
iglesia, una campana está doblando...
En el trémulo Oriente el alba asoma.

Vuelve al camino gris...
Vuelve la tierra
agria á pisar...

Vuelve en la noche lóbrega,
de algún mesón á golpear las puertas
con tu pálida mano temerosa...

Camina...
Un solo instante
has dormido á la sombra
de un naranjo florido, sobre el seno
de una púdica virgen soñadora.
Un instante no más tu sed de besos
has saciado en su boca
sonriente...

Un instante entre tus manos
retuviste sus manos temblorosas...
Y un instante, á los rayos de la luna,
por las fragantes sendas silenciosas,
caminaron felices y olvidadas
y fundidas en una, vuestras sombras...

Todo ha muerto, alma mía...
Otra vez estás sola...

Vuelve de nuevo á caminar, buscando
las flores de una primavera ignota...
Los perros ladrarán cuando tú pases

en las tardes de Mayo rumorosas,
por las blancas aldeas, escondidas
entre el verde misterio de las frondas...

Ya no tienes ni un palmo de terreno
donde dormir tus sueños...
De limosna
será el lecho que calme tus cansancios,
el agua que te dén y el pan que comas...

Y alguna tarde, en medio del desierto
ó en el claro del bosque, acaso oigas,
como un himno de triunfo y de esperanza
resonar para ti la última hora...

Todo ha muerto alma mía...
Otra vez estás sola...

PASIONARIA

Yo también beber quiero en vuestro cáliz
divinas pasionarias.

Yo también en vosotros, incensarios
quiero quemar la mirra de mi alma.

Y embriagarme de amor y de ternura
del viejo Cristo en las abiertas llagas...

Perdonar á esas manos
que al herirme mi sangre salpicara;
perdonar á esos labios
que al besarme vendiéronme...

¡Plegarias
de mi niñez, incienso de azucenas
que mis noches de niño perfumaban...

¡Yo aprenderé de nuevo vuestra música
en los benditos labios de mi Amada!

LA POESÍA DE LAS COSAS

ANIMÆ RERUM

Al mirar del paisaje la borrosa tristeza
y sentir de mi alma la sorda pena obscura,
pienso, á veces, si esta dolorosa amargura
surge de mí ó del seno de la Naturaleza.

Contemplando el paisaje lluvioso en esta hora
y sintiendo en los ojos la humedad de mi llanto,
ya no sé, confundido de terror y de espanto,
si lloro su agonía ó si él mis penas llora.

A medida que sobre los valles anochece
todo se va borrando, todo desaparece...
El labio, que recuerda, un dulce nombre nombra.

Y en medio de este obscuro silencio, de esta calma,
ya no sé si es la sombra quien invade mi alma
ó si es que de mi alma va surgiendo la sombra.

EL JARDÍN TRAGICO

Á ISAAC MUÑOZ

El silencio es tan hondo, la luz es tan bermeja,
tan trágica pavura gravita en el ambiente,
que el alma desolada y temerosa, siente
anhelos de llamar á alguien que nos proteja.

Hasta la voz del agua muere en los surtidores.
Un eco—que es un grito de agonía—nos nombra;
y los árboles tiemblan al soplo de esa sombra
á cuyo paso sécanse las almas y las flores.

¡Oh, jardín tenebroso, término del camino,
impenetrable y mudo lo mismo que el Destino,
en ti muere el recuerdo, el amor, la esperanza!...

El silencio sentencia: Lo que ha sido será.
¡Tu vida es una sombra de una sombra, que avanza
sin saber dónde viene, sin saber dónde vá!

LA VIEJA CASA SUEÑA...

La vieja casa sueña oculta entre el ramaje
con las nobles figuras de los viejos abuelos,
con hidalgos vestidos de negros terciopelos,
la altiva faz mostrando entre golas de encaje.

La vieja casa sueña en la paz del paisaje,
bajo la eterna y límpida claridad de los cielos.
Paran las golondrinas en el balcón sus vuelos
y bandos de palomas esponjan su plumaje.

La vieja casa sueña con sus glorias lejanas,
cuando las cornucopias copiaron las pavanas;
y parece que llora, recordando la mano

reluciente de joyas que, en un plácido día,
penetró en su silencio, temblando de alegría,
á despertar el alma dormida del piano.

ANGELUS

Algunas vidrieras se ven iluminadas.
Humean los hogares. A lo lejos suspira
una tímida flauta, y en el aire se aspira
un húmedo perfume de rosas deshojadas.

El cárdeno horizonte va apagando su hoguera.
Una trémula hoja desciende, lenta, al suelo...
¡Va á recoger el Angel, para elevarla al cielo,
de la tarde que muere la plegaria postrera!

La luz se va... En las sombras del callado aposento
aletea un murciélago, como un presentimiento
rozando nuestra frente... Una inmensa amargura

el corazón oprime, y en tan solemne hora
la voz de la campana parece que murmura:
—¡Un alma sube al cielo! ¡Alguien se ha muerto!... ¡Llora!

SAUDADES

¡Oh, recuerdos lejanos de mis viejas montañas!
Bajo los sauces sueñan remansos cristalinos.
Mueve el agua la fresca rueda de los molinos
y al cielo sube el último humo de las cabañas.

Surge la luna pálida á oir los ruiseñores.
Baja un temblor de esquilas por las verdes laderas,
y detrás de las yuntas, cruzan las carreteras
parejas de aldeanos cantando sus amores...

Da al crepúsculo el *Angelus* aromas de incensario.
Sobre un balcón florido, flota un blanco pañuelo
que acaso para siempre despide al peregrino.

Y lejos, la silueta del alto campanario,
recortándose rígida sobre el añil del cielo,
parece que á mi espíritu le señala un camino.

AL VOLVER A LA ALDEA

¿Quién no se ha estremecido, al volver un sendero,
regresando á su aldea tras un largo viaje,
oyendo en el silencio sepulcral del paisaje
cruzar de las campanas el doble plañidero?

Se piensa, con el alma aterida de frío,
en alguna persona querida y delicada,
y contemplar tememos la familia enlutada
y en la materna mesa un asiento vacío.

Y cuando, jadeantes, á nuestro hogar llegamos,
á los que nos abrazan, llorando, preguntamos:
—¿Quién murió?—Indiferente, alguien dice: Fulana.

Y pensamos, entonces, con pena y simpatía
en aquél rostro pálido que vimos cierto día
sonreirnos, bordando, detrás de una ventana.

CREPUSCULAR

Remansos del crepúsculo; vagas horas tranquilas...
En la sombra el contorno de las cosas se esfuma,
y solo como estrellas que flotan en la bruma
en los pálidos rostros fulguran las pupilas.

La voz tiene el ensueño de una pereza vaga.
Se escapan de los labios oraciones de amores...
Y el perfume enervante de las nocturnas flores
es un vino faérico que aduerme y embriaga.

Todo se va alejando. Los antiguos espejos
semejan largas sendas borrosas que á lo lejos
se pierden en las verdes aguas de una laguna.

El alma está dormida y la materia muerta,
y cuando entre los árboles muestra su faz la luna
parece que de un sueño profundo se despierta.

LA MUSA VERDE

Es uno de esos días cálidos y angustiosos
que presagian trastornos atmosféricos. Una
luz lívida nos hace pensar en venenosos
metálicos reflejos de una muerta laguna.

Todo está en carne viva. Lo más sutil se siente.
Al corazón, la asfixia de su dolor sofoca...
Parece que los nervios maceran lentamente
los dientes puntiagudos de una sádica boca.

Es tu hora sombría, ¡oh, Baudelaire! Fumamos
opio, se bebe ajenjo, y, embriagados, soñamos
con tus artificiales paraísos perdidos...

Al alma invade el ansia de muertes misteriosas,
y sentimos deseos de quedarnos dormidos
sobre un lecho fragante de flores venenosas.

LLUVIA

Aún en el cielo gris flotando queda
una nube plomiza. En el boscaje
esponjan las palomas su plumaje
en una vaga ondulación de seda.

Lista un rayo de sol á la arboleda,
dorando las tristezas del paisaje,
y una gota de lluvia entre el ramaje
lenta resbala y temblorosa rueda.

La niebla gris empaña los cristales.
Frescura y humedad respira el viento.
Bajo vapor de nieblas rueda el río,

y en los turbios y obscuros lodazales
como á través de un vidrio amarillento
se refleja el mojado caserío.

VISIÓN DEL CREPUSCULO

¿No has visto, paseante de tu melancolía,
en un banco de piedra oculto en la enramada,
en el parque de Otoño, al declinar el día,
una mujer hermosa, pálida y enlutada?

Si hablase, de sus labios brotara una elegía...
Yace con la cabeza en la mano apoyada,
y en sus ojos inmóviles hay esa calma fría
de los muertos... de aquellos que ya no esperan nada.

Mira cruzar las horas, inmóvil como una
estatua funeraria. Solo cuando la luna
dora los cielos pálidos, lenta desaparece,

las sendas más ocultas á su dolor buscando,
y su paso es tan tímido y sordo que parece
la visión de un cadáver que marchase soñando.

PAISAJE DE OTOÑO

Es una sombra gris el firmamento.
Bajo la lluvia que el paisaje baña
y los cristales del balcón empaña,
se deshoja el paisaje amarillento.

¡Pupilas que se miran empañadas,
como en viejos espejos patinosos,
en los obscuros charcos temblorosos
sobre un fondo de flores deshojadas!

Las yertas manos pálidas se estrechan
para darse calor... Los labios echan
el humo de su aliento. En los cristales

un dedo amarillento y enjoyado
traza con lentitud las iniciales
de algún nombre borroso y olvidado.

FLOR DE ESTUFA

¡Oh, débil flor de Gracia marchita en el exilio!
¡Sálvame! de tus ojos suspira la amargura,
y tus manos y toda tu trémula figura
parece que se tienden á mí, pidiendo auxilio.

Y al contemplarte pálida lo mismo que una muerta,
con el llanto en los ojos y la risa en la boca,
enmedio de un ambiente que tu pudor sofoca,
mi lujuria se duerme y mi piedad despierta.

Y ser quisiera entonces un príncipe ó un mago,
para llevar tu cuerpo donde tu alma sueña:
á un alcázar de oro sobre el azul de un lago...

Y encerrarte en mi alma, cuidarte con esmero
como una buena madre á su hija más pequeña,
como á una flor exótica en un invernadero.

HASTÍO

Yo soy el soberano de mi propio egoismo.
Mis dudas son creencias y mis vicios virtudes,
y me encuentro más solo entre las multitudes
que en este pobre cuarto sólo conmigo mismo.

He sentido placeres y dolores profundos,
mi insaciable deseo todo lo ha devorado,
y entretengo hoy mis ocios de león fatigado,
igual que un Dios, creando y destruyendo mundos.

La soledad me cansa... Los mismos ideales...
Se van los que vinieron, vuelven los que se han ido,
y siempre el mismo tedio y todos siempre iguales.

A veces de mí mismo también me encuentro hastiado.
¡No tengo ya un deseo que no haya poseído,
ni duermo con un sueño que ya no haya gozado!

NOCTURNO

Caminando al azar por los jardines
de la vieja ciudad, la noche paso...
Amortigua un farol su brillo escaso...
Sollozan melancólicos violines...

Las fuentes lloran lágrimas sonoras
en los estanques verdes de liquénes...
Yo le pregunto al corazón: ¿Qué tienes,
qué oculta pena solitario lloras?

Y nadie me contesta... Vago triste...
En un banco sentada hay una bella
de ojos de sombra, que de luto viste....

Un olor á humedad el aire exhala,
y en las ramas la lumbre de una estrella
como una lenta lágrima resbala.

MÁS ALLA DE LA VIDA

Yo amo esas viejas salas largo tiempo cerradas
donde los pasos tienen un eco de pavura,
que sienten las saudades de las cosas pasadas
y hasta exhalan un húmedo olor de sepultura.

En los viejos espejos verdosos y empolvados,
se asoman fugitivas y se esfuman borrosas
siluetas ideales de mujeres hermosas,
igual que en la memoria los recuerdos amados.

En los amplios salones hay almas, desprendidas
de las nobles y ricas telas envejecidas,
que platican de amores ó que danzan sin ruido

cuando la luz del día melancólica muere...
Y en noche de difuntos, alguien dice que ha oído
al viejo clavicordio rezar un *Miserere.*

LA MUSA ENFERMA

El sopor de este horrible tedio que me devora
da á veces á mi carne la rigidez de un muerto,
y cuando de este estado letárgico despierto
siento que hay en mis ojos, algo, que por mí llora.

¿Qué es tu vida, nocturno salteador de ilusiones,
sino un remordimiento de tantas como airado
al volver un camino, tu mano ha asesinado
para robarles todo lo que hay en tus canciones?

En la fúnebre calma de la noche dormida
tus muertos, lentos, vienen á mostrarte su herida...
Y tú, demonio cínico, los miras y te ríes...

¡Y te duermes soñando con senos virginales
en cuya intacta nieve harán brotar rubíes
las finas y aceradas hojas de tus puñales!

TEDIO

Persiguiendo mi sombra, en busca del olvido,
el monte, la llanura y el mar he atravesado.
Mis sandalias el polvo del camino han gastado,
y al viento y á la nieve mi cuerpo ha envejecido.

La boca que he besado, la fuente en que he bebido,
al roce de mis labios sedientos se han secado;
y tantos peregrinos cayeron á mi lado,
que no sé si he soñado vivir ó si he vivido.

¿A qué seguir? Hoy cifro mi esperanza postrera,
bajo este rosal mustio, en un sueño infinito,
ver cruzar de las manos las horas silenciosas,

con los ojos inmóviles, hasta la primavera
futura, en que mi cuerpo, como un rosal marchito,
resucite á la vida y se cubra de rosas.

ROSA DEL CAMINO

Es una noche eterna tu destino.
El sendero ha borrado la nevada.
No arde un astro, ni alienta tu jornada
la clara luz de algún mesón vecino.

Silencio y soledad en tu camino.
Nadie al final espera tu llegada...
¡Sobre la tierra de los hombres, nada
alegrará tus ojos, peregrino!

¡Oh, divina ilusión! Cruzaste un día
del brazo de una amante compañía
una senda florida y luminosa...

¿Ensueño ó realidad? dí, pasajero...
El eco dice: Sólo fué una rosa
que aspiraste á la vuelta de un sendero.

ADIÓS Á LA JUVENTUD

Juventud, ¿dónde has ido? ¡Con qué pena te veo
inmóvil en tu negra mortaja de amargura,
como una novia muerta en una sepultura,
enterrada en seis libros que ni yo mismo leo!

Y en estas largas noches, sin luz, sin pan ni abrigo,
en la miseria sórdida de este cuarto alquilado,
tu blanca sombra viene á sentarse á mi lado,
á recordar amores para llorar conmigo.

Y cuando la mañana azula los cristales
se van desvaneciendo tus formas ideales...
Y tú, inmortal amada de los tristes poetas,

te borras en las luces, dejándole á mi estancia,
un suave recuerdo, una leve fragancia
de ensueños disipados y marchitas violetas.

CALVARIO

Mientras la gente sonriendo pasa,
sentado en la revuelta del camino,
procuro en vano que me apague el vino
la ardiente sed de besos que me abrasa.

Cerrada está la solitaria casa
en donde reposaba el peregrino,
y este recuerdo del cruel destino
como un puñal mi corazón traspasa.

¡No sueñes, no! Cerraron los hogares
sus puertas para ti... No queda una
que se abra piadosa á tus pesares...

Nadie responde á tu doliente queja...
Tu propia sombra, al rayo de la luna,
también parece que de ti se aleja.

INTERMEZZO

En tu vida hay paréntesis: tiene fugas ligeras
hacia otras regiones más puras y tranquilas,
cuando al sonar la música se duerman tus pupilas
para soñar remotas é imposibles quimeras.

¡Todo desaparece! Sólo queda tu mano
á cuyos ténues besos las teclas de repente
estallan en sollozos, tan dolorosamente,
cual si fuese tu propio corazón el piano.

El alma ya no es alma... Es música, poesía...
Vive en un solo instante cien vidas... Canta y ora,
y cuando desfallece la dulce melodía,

y se disipa el humo de tu última quimera,
en el silencio el alma suspira, gime y llora
al sentirse en la carne de nuevo prisionera.

OYENDO LA LLUVIA

¡Perfumando la mano que lo hiere,
como un rosal que se deshoja lento
en una tarde del Otoño al viento,
así mi triste corazón se muere!

Es mi alma sin fe, sin ideales,
tísica que tras una vidriera,
tosiendo sangre, deshojarse espera
con las últimas flores otoñales.

El *Angelus* sollozan las campanas.
Las rosas se deshojan lentamente...
¡Cierra, enferma del pecho, tus ventanas!

¡Esa lluvia que cae temblorosa,
tan callada que apenas si se siente,
quizás mañana mojará tu fosa!

ROMANZA SIN PALABRAS

En horas de silencio, una voz desterrada
de la vida, resuena sin cesar en mi oido,
y oyéndola se queda mi corazón dormido
y el alma en un ensueño de amores encantada.

Es una voz antigua de besos perfumada,
oración sin palabras, música sin sonido,
que repite en mi espíritu como un eco perdido
la ternura infinita de aquella voz amada.

Me envuelve en su caricia fugitiva. Bendice
mis quimeras nocturnas. Yo no sé lo que dice...
Sólo sé que de ella mi amor piedad espera...

que es tan dulce y amante, tan tierna y dolorida,
que la escucho llorando y oyéndola quisiera
cerrar eternamente los ojos á la vida.

FIN

¿Qué vértigo me arrastra, qué obscuro torbellino
me empuja hacia las fauces de ese abismo profundo?
Sin tocar en la tierra y sin querer, camino
cual si un ciclón inmenso me arrancara del mundo.

¿Dónde iremos? ¡Oh, Fuerza ciega y desconocida!
que me obligas sin treguas á seguir adelante?
Caminaré inconsciente á través de la vida,
eternamente solo y eternamente errante.

En mi loca carrera la mano tiendo en vano.
Un hueco donde asirse jamás halla mi mano.
Un mar de tempestades se encrespa en torno mío...

Sólo espero en las sombras, cual fin de la jornada,
como esos mundos muertos que cruzan el vacío,
que aventen mis cenizas los vientos de la Nada.

HORAS DE TEDIO

HORAS DE TEDIO

I

Para ti son mis versos. Tu les diste
calor, nervios y sangre.
Tu no solo el desierto de mi vida
en jardines de ensueños transformaste,
sino que santa y milagrosamente
también supiste reanimar mi arte.

La estatua que el dolor esculpió en mármol,
al beso de tu amor se hizo de carne.

¡Horas de tedio, sí! Las horas muertas
en que no pienso en nadie,
en que la flor sagrada de la vida
dentro de mí comienza á marchitarse,
y me entretengo en ver cómo sus pétalos
sin savia y sin color arrastra al aire.

¡Horas de tedio, sí! Las horas muertas
en las que el pobre corazón no sabe
si llorar ó reir, si evocar dichas
ó recordar pesares...

Horas en que tan sólo correr siento
por las venas la sangre
y palpitar el pecho, cuando cruza
entre las nieblas del dolor tu imágen,
cual la divina aparición de Cristo
serenando el tumulto de los mares.

II

Dijo Cristo:—¡Bebed, esta es mi sangre!
¡Comed, este es mi cuerpo!—
Y las divinas manos escanciaron
el vino y lentamente el pan partieron.

¡Oh, tú, mi única Amada, en esta Cena
última de la vida, yo te ofrezo
toda mi pobre carne hecha caricias
y el alma entera transformada en besos!

Y mientras tú en mis brazos y en mi boca
sacias la ardiente sed de tus deseos,
yo pienso en el martirio que me espera;
y á veces hasta siento
la frialdad de la lanza en el costado,
y los clavos que al golpe duro y seco
del martillo, mis manos desgarrando,
han de clavar á Cristo en el madero!

III

¡Oh, nuestras fiestas! Las divinas bodas
del alma con el cuerpo...
Carne por el dolor santificada,
espíritu hecho luz en los tormentos,
que la pureza vestirá de blanco
y el casto amor envolverá en sus velos...

Tu cariño... La nueva primavera
que florece en mi alma y en mi cuerpo...
Una flor nueva se abrirá en la tierra
y un astro nuevo brillará en el cielo...

Jardín con risueñores. En mi alcoba
nuevas sonatas de olvidados besos...
Blancas rosas trepando por los muros,
rojas rosas abiertas en mi lecho,
y en vasos de cristal nunca empañados
una nueva embriaguez de vino nuevo.

IV

¡Pascua del corazón! Alegres fiestas
de caricias y besos...
¡Labios de amor temblando entre mis labios,
blancos brazos tendidos á mi cuello!

¡Adiós, mi vida! Llorarán tus ojos
el despertar de este divino ensueño...
Tú también por las calles y las plazas,
á la noche tendidos los cabellos,
preguntarás: —¿Oh, guardias, habéis visto
pasar al dulce Esposo de mis sueños?
¡Vírgenes de Sion, ¿vísteis su sombra
perderse entre las flores de los huertos?

Y una voz silenciosa, una voz triste,
salpicada de sangre, traerá el viento...
—¡Ha muerto!, te dirá... Y el eco errante
sollozará también: —¡Ha muerto! ¡ha muerto!

V

Ya ha llegado el otoño. El viento frío
que marchita las almas y las rosas
fugitivas. Mi vida es como esos
rosales que á los vientos se deshojan.

¿Que quedará de mí? Polvo en el polvo,
una sombra borrándose en las sombras,
y un vago y melancólico perfume
de tristeza otoñal en tu memoria.

VI

Hay algo que me arranca de tus brazos,
algo que de mis brazos ya te aleja...
Se durmió el ruiseñor... Canta la alondra...
La luna muere... El claro sol se acerca...
¡Adiós, brazos tendidos á mi cuello,
besos que el alma me dejaron ébria!...

Al separarnos, yo no sé qué siento
que me ahogo de llanto y de tristeza,
cual si fuese á alejarme de la vida
ó entre mis brazos te mirase muerta.

Algo que es cielo en ti tiende hacia el cielo,
y algo que es tierra en mí quiere ser tierra.

VII

Mi vida es una eterna
oración en el huerto...
De rodillas, en cruz puestas las manos,
con los ojos clavados en el cielo.

¡Oh, blanco Arcangel, á mi lado siempre,
en tu cáliz de oro recogiendo
mis lágrimas de sangre,
mientras en las olivas gime el viento!

¡Que al cerrarse mis ojos te contemplen
en tus divinos brazos sosteniendo
sobre la cruz más alta del calvario,
mi ensangrentado y moribundo cuerpo!

¡Mi vida es una eterna
oración en el huerto,
de rodillas, en cruz puestas las manos,
con los ojos clavados en el cielo!

VIII

Haré de mirra perfumar la cámara,
de incienso nuestro tálamo...
De frescas rosas ceñiré mis sienes,
mis finas manos ungiré de nardos.

La carne en el martirio de esta espera
iré purificando,
para que el labio que te bese sea
digno de la pureza de tus labios!

¡Oh, Prometida, mientras yo impaciente
nuestra hora plena aguardo,
tu hilarás, á las luces de la lámpara,
el nupcial velo blanco,
el velo de tu alma, el velo único
que ha de envolverte, cuando
trémula y ruborosa, hasta mi lecho
el niño amor te arrastre de las manos!

IX

¡Oh, el alma ensangrentada,
dolorosa alma mía,
la eterna insatisfecha
por qué fuiste la eterna incomprendida!

Díme, esa sed que abrasa
tu espíritu y tu carne, esa divina
sed de infinito, ¿dónde
saciarás en la vida?

Enamorada novia, muchas veces
acudiste al tálamo, vestida
de nupcias, ruborosa bajo el velo,
las blondas sienes de azahar ceñidas,
y al despertar te hallaste siempre virgen
desgarrando tus carnes entre espinas.

A Dios quisiste ofrecer tus flores...
Mas ¡oh, pobre alma mía!
En el altar no hallaste más que sombras
y entre las sombras una cruz erguida...

Y deshojando tus divinos sueños
te encerraste en la tumba de mi vida,
perdida la esperanza en la esperanza,
como una martir que enterrasen viva...

¡Oh, el alma ensangrentada,
dolorosa alma mía,
la eterna insatisfecha
porque fuiste la eterna incomprendida!

X

¡No oigas más el clamor de las turbas,
pálido poeta!

Déjalas que combatan sin gloria,
que triunfen ó mueran...

¡Tú estás solo! No son tus hermanos
esos hombres que así se ensangrientan...
Siempre ha sido y será nuestra vida
un perpetuo combate de fieras...

En tu carne hay batallas más rudas
y en tu pobre alma luchas más sangrientas...
¡Mucho más feroces son tus oprimidos,
y mucho más bárbaros y duros tus déspotas!

¡Nadie enjuga tus lágrimas! Nadie
á tu cruz á ayudarte se acerca...
Ni una mano te tienden si caes,
ni una voz cariñosa te alienta...

Y si á nadie tus penas importan,
¿por qué lloras las penas ajenas?

Sé cruel con tus mismos dolores,
sé feroz con tus propias miserias.
Estrangula al nacer tus deseos
antes que otras manos ahogártelos puedan.

Asesina tu sola esperanza
sin que lleguen tus ojos á verla
desceñido el manto, desgreñada y lúbrica
por calles y plazas, como una ramera
que á todos los brazos y á todos los ojos
el pudor de sus carnes entrega...
Para que otros labios
jamás con sus besos profanarla puedan,
cuando sacies la sed que te abrasa
tira y rompe la copa en que bebas...

XI

Amada, pobre amada, tú no sabes
cuál será tu destino.
Yo lo ignoro también. Por eso vamos
cogidos de la mano como niños
que solos y olvidados, en la noche,
en medio de los bosques se han perdido...

Las ramas de los árboles parecen
sombras que acechan... Brazos asesinos
que nos quieren coger por los cabellos
y dejarnos al aire suspendidos...

Con los ojos inmóviles de angustia
y nuestras carnes trémulas de frío,
cruzamos silenciosos, conteniendo
nuestra respiración, por el camino
áspero, que en la sombras se desliza
sobre el borde sutil de dos abismos.

XII

Hoja tras hoja desgarré aquel libro...
Y mis manos temblaban
cual si estuviesen desgarrando un cuerpo,
cual si estuviesen destrozando un alma.

Y al contemplar perderse entre los vientos
las fugitivas páginas,
sentí que el corazón se me partía
como si algo con ellas me arrancaran.

Y, triste y silenciosa,
á través de mis lágrimas,
pasó de pronto, sollozando amores,
la blanca sombra de la ignota hermana.

—«Oh, divina visión de mis ensueños,
amor sin esperanza,
¿en dónde estás?... ¿En qué país lejano
aún esperas mi amor en tu ventana?

Y una voz de ternura, una voz única,
la dulce voz de alguna novia amada,
me dijo suspirando dulcemente:

—No llores por tu hermana...
Nunca existió, ni existirá, ni existe...
Fué tan sólo un ensueño de tu alma.

XIII

Pasó, como la lluvia por los campos
secos, sobre las almas...
El polvo estéril se vistió de flores
al milagro estelar de sus sandalias.

A su voz los sepulcros se entreabrieron
y los muertos rasgaron sus mortajas...
Jerusalen, Jerusalen, ¿qué has hecho?
En tu cumbre más alta,
entre dos asesinos, se desploma
sobre la cruz su frente ensangrentada...

El crepúsculo enluta el horizonte...
La turba alegre y bulliciosa baja...
Y mientras surge en el azul la luna
sobre la cruz los ruiseñores cantan...

¿No recuerdas sus besos, Magdalena?
¿No sueñas con su voz, Samaritana?

XIV

Este rojo crepúsculo de invierno
me llena de tristeza,
más que por el dolor que me presagia
por el viejo placer que me recuerda.

Crepúsculos de invierno, rojos, húmedos...
Parece que la tierra
asesinada, en esta hora, al cielo
sangre caliente humea...

¿Dónde están los recuerdos de otros días,
dónde las viejas sendas
en cuyas charcas rojas del crepúsculo
miré su faz risueña,
igual que entre las llamas de un incendio
á veces fulgurar se ve una estrella?

En mi carne, en mi alma, todo es cárdeno...
¡Hay tanta herida abierta,
que parece que al cielo, en esta hora,
vapor de sangre elevan...

¡Y á veces son blasfemias las plegarias
y á veces son plegarias las blasfemias!

XV

Cuando á llorar sobre mi tumba vayas
suelto el cabello y desgarrado el manto,
tórtolas gemirán en los viñedos,
y el viento perfumado
por los rosales de los huertos próximos
hará ondular el verde de los campos.

El agua de la fuente tendrá risas
y sollozos de plata entre los álamos...
Más azules serán los altos cielos
y más fulgentes los solares rayos...

La voz del Angel que mi tumba guarde
tranquila te dirá: —«No está el Amado...
Su cuerpo todo convirtióse en flores
y su alma entera transformóse en cánticos—...

Y un alegre repique de campanas,
y los coros seráficos
—Aleluya, Aleluya! irán diciendo...
¡Cristo ha resucitado!...

Sólo un recuerdo quedará en mi tumba...
Aquel olor de nardos
con que ungieron mis plantas tus cabellos
en la tarde más triste del Calvario.

XVI

¡Bebamos, sí, bebamos, negra sombra,
que siempre me acompañas!
¡Bebamos ese cáliz que me ofreces...
mi propio corazón lleno de lágrimas!

Brindemos, sí, brindemos por las tristes
pupilas de mi Amada,
por sus labios sin risas y sin besos,
por sus mejillas pálidas,
por la lujuria que le abrasa el cuerpo,
por el dolor que le devora el alma...

Y la sombra se alzó... Con voz tan triste
que de pavor mi corazón helaba...
—¡Yo brindo por aquellos que no esperan
ya ni en la vida ni en la muerte nada!

¡Por las pupilas ciegas,
por los labios que callan,
por los rostros que ya no palidecen,
por las manos inmóviles y heladas...
¡Por los que llevan en el cuerpo muerto
como un cadáver enterrada el alma!

—¡Por ti!—me dijo... ¡Y apuró de un trago
el rojo vaso rebosando lágrimas!

XVII

Cansancio, fatiga...
Fatiga, cansancio...
Distintas palabras, pero un mismo gesto
de peso en los hombros, de pena en los labios.

Siempre el mismo cielo
azul ó nublado,
los mismos caminos
ásperos ó llanos,
las mismas ciudades con los mismos vicios,
con sus mismos necios y sus mismos sabios.

¿Dónde vamos, vida?
Vida, ¿dónde vamos?

Reposa un instante, cerca de esa fuente,
al pie de esos álamos,

y al beso del viento y al son de las aguas
entorna los párpados,
y canta tus nuevas canciones ya viejas,
porque también antes otros las cantaron...

Cansancio, fatiga...
Fatiga, cansancio...
Distintas palabras, pero un mismo gesto
de peso en los hombros, de pena en los labios.

XVIII

¡Chacales, leones,
conozco vuestras zarpas!...
Las sentí muchas veces en la arena
desgarrar mis entrañas.

¡En la febril calicie del desierto
he sentido tu asfixia, caravana!...
También al borde de una fuente seca
cayó muerta de sed mi pobre alma...

¡Ciudad de mis ensueños,
Jerusalen fantástica,
presiento las desdichas que me escondes
y adivino los males que me guardas!

Muchas veces, devoto peregrino,
llamé á tus puertas santas,
febril, ensangrentado, agonizante,
y vi que tus murallas,
tus templos, tus palacios y tus torres,
eran tan sólo tumbas blanqueadas
que no valen la pena
de tantas penas y de tantas lágrimas.

XIX

En los claros espejos del río
la ciudad del crepúsculo arde,
con sus verdes jardines floridos
y sus blancos palacios de mármoles...
Y se escuchan gemir bandolinas
y canciones lanzadas al aire...

Pasan barcas de besos y músicas,
y entre ellas desfila una nave
que parece, tan triste y tan negra,
ataúd en las ondas flotante.

Silencioso, la faz como un muerto,
las ojeras profundas y grandes,
va un viajero de lacia melena
apoyado en el palo del mástil,
con los ojos clavados é inmóviles
contemplando morir á la tarde.

¿Dónde vas, enlutado viajero,
sin oir la ciudad que en sus calles,
esperando que llegues, levanta
á tu nombre sus arcos triunfales?

Sin mirar esos ojos que inquietos
del balcón tras los claros cristales
te contemplan llorando de pena
cual si un sueño de amor les robases?

¿Dónde marchas, extraño viajero?
Ni tú mismo siquiera lo sabes...
Donde vayas, contigo irá el tedio
y el dolor, tus amigos constantes.

Siempre altivo y cruel, desdeñando
cuanto puede la vida brindarte,
seguirás ojeroso y enfermo
apoyado en el palo del mástil,
contemplando nacer á la aurora
ó mirando morir á la tarde.

XX

Si hemos de naufragar tarde ó temprano,
si al fin entre las olas moriremos...
Canta, lobo marino, entre las jarcias...
Apura tu ginebra, marinero...

—Ven, gime la sirena entre la espuma
sus brazos extendiendo...
¡Ven á saciar la fiebre de mis labios!
¡Ven á dormir sobre mi helado seno!

—Hoy ó mañana, en tanto que te fíes
de la mar y del viento,
fatalmente has de ser, pobre funámbulo,
manjar precioso en los festines nuestros,—
responden los voraces tiburones
la blanca estela del bajel siguiendo.

Y las olas, las olas silenciosas
cuando está el mar sereno,
dicen también: —No sueñes con tu patria
porque nos ves tranquilas y en silencio...
¡Es que estamos hilando tu sudario
y en nuestro fondo tu sepulcro abriendo!—

Si hemos de naufragar tarde ó temprano,
si al final en los mares moriremos...
¡Canta, lobo marino, entre las jarcias!...
¡Apura tu ginebra, marinero!

XXI

Recuerdos, recuerdos...
Malditos recuerdos de penas pasadas,
¡volver á la tumba de donde surgísteis,
porque vuestros gestos y vuestras palabras
ya nada me importan
ni me dicen nada!

—«Aquella sonrisa
tan dulce y tan cándida,
en aquellos labios que tanto besaste
infiltró el veneno que mató tu alma.»—

—«Aún hay en tus carnes rojas cicatrices
de las puñaladas
que á traición te dieron aquellas exangües
manecitas blancas.»—

—¡Oh, amantes pupilas! Desde que las viste
llorar una tarde, desprecias las lágrimas!...»—

Malditos recuerdos,
rojos con la sangre de tanta esperanza
como asesinásteis, de tanta alegría
como en vuestras manos murió extrangulada,
¡volver á la tumba de donde surgístes,
porque vuestros gestos y vuestras palabras
ya nada me importan
ni me dicen nada!

XXII

¡Oh, pálido Musset, triste poeta!
Yo también como tú bebo en mi vaso...
El vaso donde escancio el rojo vino
en mi sangrientas viñas cosechado.

No es un cáliz de oro y pedrería
por algún viejo orfebre trabajado,
ni tampoco la copa
cincelada en un cráneo
que alzó el noble Lord Byron en la orgía,
rebosante de Samos,
ni la ancha taza de cristal bohemio
donde Edgar Poe, el lírico noctámbulo,
el vino de las fiestas amargaba
con la hiel de sus lágrimas mezclándolo.

Es un vaso pequeño, aunque orgulloso.
Lo tallaron mis manos
en la vieja corteza
de un roble centenario,
y en él esculpí el rostro
de la mujer que amo...

La otra noche me dijo, ruborosa,
de sus bordes la boca retirando:
—Díme, ¿qué amargo vino
ofreces á mis labios?...

—Mis viñas sólo dan fruto de sangre...
Por eso es rojo el vino de mi vaso...—
Y con pálida mano abrí mi pecho
y le mostré mi corazón sangrando.

XXIII

Apagar la loca
sed de mis deseos...
¡Besarte, besarte, hasta que en mis brazos
muerta de caricias te dejen mis besos!

¡Pobre carne mía,
viejo lobo enfermo
que se muere, solo, sus propias entrañas
devorando hambriento!

¡Horas de lujuria
solitaria!... Cuerpos
que á la cruz clavados
se retuercen trémulos
entre las movibles
lenguas de un incendio...

Carnes que en la arena
del circo sangriento,
desgarran las zarpas de bestias feroces
y rompen los dientes de monstruos famélicos...
¡Martirios de santos... Todos los martirios
no son tan horribles como estos tormentos!

Apagar la loca
sed de mis deseos...
¡Besarte, besarte, hasta que en mis brazos
muerta de caricias te dejen mis besos!

XXIV

No esperes corazón que, en tus martirios,
la sombra de un amor venga á ampararte.
Fecunda con tus lágrimas
la tierra que sembraste,
y con tus propias manos
cultiva los rosales...
Aquellos blancos sueños de otros días,
aquellos bellos ángeles
que en tu Oración del Huerto te ayudaron
á consumir el cáliz,
cuando el clavo, á los golpes del martillo,
rasgó tus pobres carnes,
los vistes, aterrados y llorosos,
en el azul del cielo disiparse...
No esperes nada, corazón, no esperes...
¡Nadie podrá brindarte
dolor más hondo del que ya sufriste,
placer más vivo del que ya gozaste!

XXV

La humilde ola que á la playa arroje
mi ensangrentado cuerpo,
será más compasiva que los hombres
con mi tristeza fueron.

Me parece flotar sobre los mares...
Y á veces hasta siento
el agua penetrar entre mis labios
como un helado beso...

¡Dormir, soñar, mecido en esa cuna,
bajo el azul del cielo,
viendo como rielan las estrellas
en mis ojos abiertos!

XXVI

¡Piedad! Las manos juntas,
de rodillas... Recemos...
Recemos, sí, hasta que el alma muera
como un perfume diluída en rezos...

Recemos por las penas que sufrimos,
por las que sufriremos,
por los que ayer nosotros enterramos,
por los que asistirán á nuestro entierro...
por ti, por mí, por Dios, por todos juntos...

¡Por este amor inmenso
que es como una oración que se levanta
del barro de los mundos hasta el cielo!

XXVII

Una voz, esa voz que siempre siento
brotar dentro de mí, suspiró: —Hermano,
¿qué espera ya tu corazón, qué espera?
Todos cierran las puertas á tu paso...
Aquí tienes la llave de tus sueños...
Del reposo y la paz que vas buscando.

Y una frialdad de muerte heló mis venas...
Y al callarse la voz, me vi tan pálido,
que me dije á mí mismo—: ¿Seré un muerto
que por la tierra cruzará soñando?

XXVIII

Santa pobreza mía,
pobreza de mi alma y de mi cuerpo,
que es tan sólo un recuerdo de cuán pródigas
antes mis manos fueron!

Bocas hambrientas hacia mí tendidas,
pobres labios sedientos...
Ya no hay pan en mi mesa, ni una gota
de agua brindar en mi pobreza puedo...

Mas aun queda piedad; aun queda algo
en mi alma y en mi cuerpo...
Aquí tenéis mis lágrimas... ¡Bebedlas!
Aquí tenéis mi corazón... ¡Comedlo!

XXIX

Hay veces que mi alma
abandona mi cuerpo,
y se pierde, volando, en los espacios
infinitos de luz, lejos, muy lejos...

¿Dónde va el alma en esas locas fugas?
Tan sólo sé que al regresar al cuerpo,
si se asoma á mis ojos, me parecen
cielo y tierra un desierto,
y si á mis labios á subir se atreve
mi sonrisa es tan triste que da miedo.

XXX

¡Espinas de mis sienes! Ironías
del destino sangriento...
¿Era esa, acaso, la imperial diadema
con que soñaba coronar tus sueños?
¡Espinas de mis sienes! ¿Eran estas
las flores que tus manos me ofrecieron?

Mi sangre ha salpicado tu blancura,
y abrazada á la cruz morir te veo...
¡La misma lanza que me hirió el costado,
de parte á parte traspasó tu seno!

La tierra tiembla de dolor y angustia
y luz parece que le falta al cielo...
¡Llorar, lirios, ha muerto vuestro hermano!
¡Gemir, palomas, vuestra hermana ha muerto!

XXXI

Cuando una ola me arrojó á tus playas
destrozado y sangriento,
tú, llorando de amor, como una madre,
abrazada á mi cuerpo,
los ojos que á la vida se cerraron
abriste nuevamente con tus besos.

Tus manos restañaron mis heridas
y enjugaron mi sangre tus cabellos.
Y al proscripto sin patria y sin hogares
abriéndole tu lecho,
dijiste: —¡Duerme, mientras yo, amorosa,
sentada junto á ti, velo tu sueño!

Divina... Ya hay presagios de ventura.
¿No ves cómo augural baja del cielo
una paloma con la oliva al pico
y un signo de esperanza atado al cuello?

¡Vivamos otra vez! ¿Qué nos importa
que haya sirtes y escollos y deseos
que puedan separarnos nuevamente
y en otras playas arrojarnos muertos?
¡Siempre una choza nos darán los bosques,
siempre sus luz nos brindarán los cielos!

¡Y allí, donde se puede alzar la frente,
allí donde haya un hueco
para amar ó morir, allí, alma mía,
abrazados y juntos moriremos!

TRISTES AMORES

CARMEN

I

Entre los encajes de alguna mantilla
contemplé en las sombras brillar tu mirada,
no sé si en un viejo patio de Sevilla
ó en algún florido carmen de Granada.

Quizás fué soñando, mientras embriagada
el alma de coplas y de manzanilla,
junto á la guitarra se durmió, arrullada
por las vivas notas de una seguidilla.

Sólo se que bajo refulgentes cielos,
al pie de tus rejas, mataron mis celos;
que por ti á los campos me lancé sin pena

y sangrientos crímenes cometió mi horda,
y hasta los jarales de Sierra Morena
te robé en la grupa de mi jaca torda.

II

Mi pena intento reprimir en vano,
al pensar que esta carta tan sincera
donde en lágrimas va la vida entera,
abrir no podrá ya tu helada mano.

Acaso en esta hora en que te escribo
habrás partido, Amor... ¡Oh, yo, si espero,
si de pensarlo de dolor no muero,
es porque vives tú cuando aun yo vivo!

Aguarda... No es la hora de partida...
Sola te asustarás... Vas á perderte
por caminos sin fin, desconocidos...

Ya que todo nos lanza de la vida
queda un refugio eterno: el de la muerte...
¡Pero vayamos á buscarlo unidos!

III

Recordando este amor sin esperanza,
del que mi loco corazón delira,
amor que tiende el brazo y no te alcanza
y abre los ojos y jamás te mira;

recuerdo del viajero la agonía,
muerto de sed á orillas de una fuente,
cuando ya casi el labio humedecía
en el claro frescor de la corriente.

¡Oh, visión adorada y maldecida,
que dando muerte á un tiempo me das vida!
Al par que mi vergüenza eres mi orgullo.

Y cual mi sombra, esta pasión que abrigo
me persigue tenaz, cuando la huyo,
y huye de mí, si loco la persigo...

IV

Jamás mis ojos volverán á verte.
Ellos lo saben y por eso lloran,
y al cielo. abiertos de terror, imploran
un poco de piedad para mi suerte.

Se pudieron cerrar sin conocerte.
Mas hoy que tus miradas atesoran,
saudades de los tuyos les devoran
y temen la ceguera de la muerte.

¡Oh, mirarse en tus ojos reflejados,
intensamente, hasta quedar cerrados,
es su constante aspiración ardiente!.,.

Mas antes que sus párpados se bajen
aprisionar, al espirar, tu imagen
para soñar contigo eternamente.

V

Como un corcel que al borde del abismo,
insensible á los golpes de la espuela,
se encabrita y á hundirse se rebela,
así lucha tu amor conmigo mismo.

Y por más que la espuela hundo en la herida,
á saltar el abismo no se atreve.
Se pára de repente y no se mueve.
cual si salvar quisiera nuestra vida...

El alma tiembla entre tu mano ingrata...
No sé que tiene este cariño eterno...
Me da la vida y á la par me mata...

Y por algún capricho de la suerte
á un tiempo es para mi gloria é infierno...
Ni me deja vivir ni me da muerte.

VI

Pupila amante que á mirar alcanza
la pesadumbre del hogar desierto,
mucho más triste que llorar á un muerto
es llorar un amor sin esperanza.

¡Tened piedad de mí, negros dolores!
Es mayor mi pesar que vuestra pena...
Si á vivir sin amor ella os condena,
yo también vivo, amando, sin amores!

La muerte misma os brindará consuelo
y vuestro amor renacerá en el cielo...
Mi destino fatal es aun más triste;

pues si esta vida atravesé llorando,
en la otra vida, si otra vida existe,
también por ella viviré penando.

VII

Si tu insensible corazón supiera
la oculta pena que devora al mío,
este dolor tan hosco y tan sombrío
que nada pide porque nada espera,

espantada tu faz palideciera,
y maldiciendo tu mortal desvío,
tus lágrimas serían como un río
capaz de fecundar la vida entera.

Para evitarte, Amor, remordimientos,
disfrazo con sonrisas mis tormentos
cuando á tus plantas trémulo me postro,

lo mismo que la enferma pecadora
que sus mejillas con carmín colora
para ocultar la palidez del rostro.

VIII

Entre muros de encaje, mirando pensativa
el alba en los jardines de la Alhambra desierta,
más que una forma humana, enamorada y viva,
parecerás la sombra de alguna novia muerta.

¡Yo te sueño en la Alhambra! De blanco, silenciosa,
vagando como un rayo de luna entre las flores.
A tu paso la brisa será más olorosa
-y cantarán, al verte, mejor los ruiseñores.

¡Yo te sueño en la Alhambra! Solos, en los jardines,
embriagada en mis brazos de luna y de jazmines,
tus ojos en mis ojos, riendo dulcemente...

Y así, en la penumbra misteriosa é incierta,
mientras se apaga el gárrulo suspirar de la fuente,
besar tu rostro pálido hasta dejarte muerta.

IX

Tu carta es como una miserable emboscada.
Es como si de noche, al volver un camino,
por la espalda, en la sombra, nos diera un asesino,
de pronto, una cobarde y mortal puñalada.

¡Tu carta es más traidora! Es mayor tu delito...
¡Que vale una esperanza mucho más que una vida!...
¡Oh, si arrojase sangre el alma por la herida,
tinta en sangre verías la mano que la ha escrito!

¿Qué mal mi amor te ha hecho para que así le hieras?
De mi dolor tendrían piedad hasta las fieras...
No temes que en la noche, para turbar tu calma,

apoyando en la herida la descarnada mano,
venga el ensangrentado cadaver de mi alma
y te pregunte: —Hermana, ¿qué has hecho de tu hermano?

X

Ya cada gesto nuestro es una mueca loca
de un payaso que intenta divertir á la gente,
mientras que tras la máscara enharinada siente
escapársele el alma, en risas, por la boca.

Ya mis ojos no encuentran en tu amor un secreto,
y así, cual tras tu gasa presiento tu hermosura,
cuando á mi cuello, trémula, te abrazas con locura,
parece que en mis brazos estrecho un esqueleto.

Esta pasión que ahora nos estremece, encierra
el hambre del gusano y la sed de la tierra.
Nuestro lecho de bodas es un sepulcro abierto,

y cuando se confunden nuestros labios, besamos
solamente la boca desdentada del muerto
que dentro de nosotros enterrado llevamos.

XI

¿Qué harás en esta hora? ¿Qué harás mientras medito
estos versos extraños donde, loco, quisiera
decirte lo que nunca decirme á mí supiera
y escribirte sin fórmulas lo que jamás se ha escrito?

¿Nuestras almas y nuestros corazones hermanos
sentirán estas mismas y adorables torturas?
Y en tanto que mi mano te escribe estas locuras
¿qué mirarán tus ojos? ¿Qué tocarán tus manos?

¡Quizás estos deseos, estas ansias ardientes
de agotar en tus brazos mi infinita ternura,
desgarrar hasta el fondo de tus entrañas sientes!

¡Tal vez, pálida y trémula, mi eterno amor evocas,
y abrasan nuestro cuerpo la misma calentura
y estalla el mismo beso de amor en nuestras bocas!

XII

¡Envejecer hasta morir me siento
en la cima sin fondo de tu olvido,
y en pleno Abril parece que he vivido
toda una eternidad de sufrimiento!

Y es tan hosco y tan duro mi tormento
que extraño al ver lo mucho que he sufrido,
como mi corazón guarda un latido
y por mi frente cruza un pensamiento.

Ya mis ojos no ven una esperanza,
soy un ciego perdido en el desierto
que entre las sombras, tacteando, avanza.

¡La misma tierra me rechaza esquiva,
y solo sabe el alma que no he muerto
porque dentro de mí te siente viva!

XIII

¡Tú tambien me abandonas! Tambien tu amor me deja
ensangrentado y solo subiendo mi calvario...
No hay nadie que me abra su hogar hospitalario
y hasta mi propia sombra de mi dolor se aleja.

Con el madero al hombro seguiré este sendero
que entre abismos se pierde sin rumbo conocido,
y solo y olvidado lo mismo que he vivido
morir en el anónimo de un hospital espero.

Me seguirá el destino cruel hasta la muerte.
Desgarrarán feroces manos mi cuerpo inerte
lo mismo que tu olvido mi vida ha desgarrado...

Pasaré como tantos, sin que mi suerte asombre,
á hundirme en el osario comun, abandonado,
sin dejar ni una lápida que recuerde mi nombre.

XIV

Sobre la tierra gris de los caminos
va cayendo la noche silenciosa,
esfumando en sus sombras la borrosa
silueta de los lentos peregrinos...

Resuenan en las selvas solitarias
donde aromas de amor vierten los vientos,
el chascar de sus pasos somnolientos
y el místico rumor de sus plegarias.

¿Dónde van esos pálidos hermanos?
Los cirios tiemblan en sus mustias manos,
y turban sus litúrgicos clamores

la augusta calma de la noche quieta:
—Van á enterrar el alma de un poeta
que esta mañana se murió de amores...

INGÉNUAS

TARDE DE ESTÍO

La ventana entreabierta
deja entrar el incendio
del verano: un perfume
de rosas y de fuego
asfixiante. De fiebre
mis labios están secos.

¡Nadie á mi lado! Nadie
que interrumpa el silencio
de estas horas sangrientas
en que vivo muriendo.

Ni una pálida mano
que enjugue en su pañuelo
el sudor de mi frente,
mis lágrimas; ni un beso
que refresque mis labios
marchitos y sedientos.

Ella, la única amada
reposa allá, tan lejos,
que á mí llegar no puede
ni aun con el pensamiento!

La ventana entreabierta
deja entrar el incendio
del verano: un perfume
de rosas y de fuego...

INVERNAL

La luna de Enero
el valle amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

Los árboles... Todo
parece que calla
oyendo la eterna
música del agua
que, voz de la tierra,
sus amores canta.

Es noche de encantos...
Hasta las estatuas
del parque parece
que en silencio hablan.

El paisaje espera
no sé qué... Y el alma,
parece que aguarda
oir en el silencio
las leves pisadas
de un sueño imposible
que viene á alegrarla.

La luna de Enero
el parque amortaja
en su tembloroso
sudario de plata.

MADRIGAL

En el claro remanso
de la clara corriente
se refleja el molino
blanqueando entre las verdes
alamedas.

En una
ventana floreciente
se asoma una curiosa
carita sonriente...

¡Oh, serena poesía
de los remansos!... Ténue
perfume de frescura
en las horas de fiebre
estival... A tu lado
mi corazón se duerme
escuchando la húmeda
canción de tu corriente...

La vida pasa... Suena
en las florestas verdes
un rumor de guitarras
y canciones alegres...

¡Oh, sereno remanso
de la clara corriente!
¿Te acuerdas de aquel rostro
más blanco que la nieve,
que una tarde á mis besos
se encendió de repente,
como una flor de llamas
entre el ramaje verde?

LA CANCIÓN DE LAS HOJAS

Mi alma dolorida
para siempre olvida
tristezas y amores
que le atormentaron...

¡Otoñales flores
que se deshojaron!

Sueños sin fortuna;
embriaguez que mata...
Blanca serenata
perdida en la luna...

¡Oh, palabras locas
que me consolaron!...
¿Dónde están las bocas
que las pronunciaron?

Mirada traidora...
ojos inconstantes,
¿en qué ojos amantes
os miráis ahora?

Extasis lejanos...
manos de otros días,
hoy, ¿entre qué manos
recordáis las mías?

¡Alma desolada;
perderte, cansada,
en la húmeda angustia
de otoño te siento,
como una hoja mustia
que vuela en el viento!

Tristes caminantes
que cruzáis errantes,
llenos de congojas,
las sendas desiertas...
¡No pisar las hojas
que son almas muertas!

NOCHE DE ESTIO

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas los luceros.

Hay algo sobrehumano
en la brisa, en el viento;
algo que sobre el mundo
alza los pensamientos,
y obliga á las pupilas
á elevarse hasta el cielo.

Mi corazón cansado
vuelve á latir de nuevo.
A mis labios acuden
palabras que son besos,
y los brazos se tienden
para abrazar un sueño.

Son lejanas memorias...
Nostalgias y deseos
de algo que ha sido mío
y no volverá á serlo...

Es la noche serena
de luna. Allá en el cielo
brillan como pupilas
lejanas los luceros.

RITORNELOS.

I

¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!
El dolor de mi cariño
era mi sola alegría.
Siempre en el alma la idea
de ser contigo sincero:
—¡Mañana como la vea,
le diré cuánto la quiero!...
Y cuando á ti me acercaba
te miraba, te miraba,
y á hablarte no me atrevía
de aquel tímido cariño...
¡Yo era un niño, yo era un niño,
y cuánto ya te quería!

II

¡Volver otra vez á veros
desde lejos, sin turbaros,
ojos azules y claros
de mis amores primeros!
¡Oh, Margarita, hinlandera
de mis ensueños lejanos,
ya no jugarán mis manos
con tu blonda cabellera!
¿Quién eras? ¿Adónde fuiste
único amor rubio y triste,
de mi niñez sin amores?...
¡Volver de nuevo á miraros
desde lejos y entre flores,
ojos azules y claros!

III

La Virgen de los Dolores
vió mis lágrimas primeras.
Yo le regalaba flores
para que tú me quisieras.
Estabas en el convento
y yo sus muros rondaba
por ti preguntando al viento
que tu aliento respiraba.
Y soñaba mi deseo
con la escala de Romeo
bajo la clara fragancia
de primaveral aurora...
¡Oh ruiseñor de mi infancia!
¿En dónde cantas ahora?

IV

¡Oh, pobre amor! ¿dónde has ido?
Esta mañana en mi huerto
entre rosas, junto al nido,
encontré un ruiseñor muerto.
Vendrán otros ruiseñores
mi primavera á alegrar,
pero aquel muerto entre flores
jamás volverá á cantar.
¡Corazón, corazón mío,
muere de angustia y de frío
con tu recuerdo de amor!
Calla; suspende el aliento...
Un canto tiembla en el viento
—¡Pero no es mi ruiseñor!

V

¡Entre las gentes me veo
siempre á solas con mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto!
Como nadie me quería
cifré en ti mi único empeño,
¡oh, rubia primita mía,
blanca y frágil como un sueño!
De mi pasión te reiste.
¡Y de nuevo quedé triste
á solas con mi deseo,
siempre ocultando mi llanto,
igual que el *patito feo*
que Andersen amaba tanto!

VI

No quiero verla á mi lado
de nuevo, pues si la viese,
acaso ya no tuviese
aquel encanto pasado.
Su imagen tiene el misterio
y el amor de aquella hermana
que en una tarde lejana
llevaron al cementerio.
¡Oh el recuerdo!... En la distancia
es más dulce su fragancia...
Pasó y me dejó su huella
y verla otra vez no quiero. .
¡Ya no soy yo, ni ella aquella
visión de mi amor primero!

LA LEYENDA DE LOS LIRIOS

Entre todas las flores
de tu jardín, cerrado
á la hendida pezuña de los cerdos
y á las brutales manos,
cuida con más esmero
los tristes lirios cárdenos.

Nos recuerdan la túnica y la pálida
faz del Crucificado,
en el hombro el madero,
de espinas coronado,
subiendo lentamente
las cumbres del Calvario.

Esos lirios, amada,
entonces eran blancos...
Mas los regó su sangre,
los fecundó su llanto,
y rojos desde entonces se volvieron
y tristes desde entonces se quedaron.

LA BALADA DE LA NOCHEBUENA

¡Hossanna! en el cielo
una voz se siente.
¡Cristo vino al mundo
dentro de un pesebre!

Pastores cantando
del monte descienden
y al hijo del hombre
leche y miel ofrecen.

Y á la luz de plata
de una estrella vienen
en sus dromedarios
tres reyes de Oriente...

¡Pobre hogar sin lumbre,
sin amores, tienes
tan honda tristeza
que al mirarte muere
la risa en los trémulos
labios más alegres!

Un sueño de gloria
los mundos conmueve.
Todo vibra en cánticos...
Tan sólo tu tienes
silencio de olvido,
soledad de muerte...

Para ti el humano
Redentor no viene...
¡Pobre hogar!... Un viejo
sepulcro pareces...

¡Hossanna! En los cielos
una voz se siente.
Truenan panderetas,
vibran los rabeles:
y sobre la dicha
del mundo, desciende
lento y silencioso
un sueño de nieve!

EN EL VIEJO MESÓN

Las ventanas del mesón
al campo dan, y por ellas
se ven brillar las estrellas,
y entra la respiración
olorosa del cercano
huerto dormido á la luna.
Hay paz, y acaricia una
mano cálida tu mano.
Hoy la vida te hizo dueño
de cuanto falta te hacía.
Te da amor, vino, alegría,
y un lecho para tu sueño.
Te esperan horas tranquilas.
Sonríen los labios rojos,
y en el fondo de otros ojos
miras temblar tus pupilas.
La juventud tiene una

viva humedad de mirada
sensual. Sueña la luna
sobre la verde enramada.
Florece nuestro deseo
en fragante Primavera,
y la escala de Romeo
cuelga de un balcón y espera.
Dos labios estan rimando
la leyenda Sheskpiriana...
¡Sigue ruiseñor cantando
aunque azule la mañana!
¿Qué me pide? ¿Que le ruego?
No lo sé... Palabras locas
que con su aliento de fuego
enrojecen nuestras bocas.
Juventud ¡oh, novia mía,
en el lecho nupcial muerta!
Escucha esa melodía
que á la vida te despierta.
Su voz apaga un piano
en la soledad dormida...
¡Vuelve, vuelve, blanca mano
á resucitar mi vida!

EPITALAMIO

Ya no esperes que el soplo
trémulo de mi boca
apague la indencisa
lámpara de tu alcoba.
Vela á su luz suave,
eternamente sola,
hilando sin descanso
el velo de tus bodas.
Vela constante... Un día
la campana remota
repicará... Tu puerta
verás florecer toda.
Se acercará el Amado

que esperas silenciosa,
y te dirá: «Despierta
que se acerca la hora.
Las campanas repican,
la madrina está pronta,
y en la iglesia lejana,
entre lirios y rosas,
unos dedos unjidos
nos ofrecen la hostia—»
Será tu amado un principe
de una tierra remota,
de cabellos de oro
y pupilas de aurora...
Y al clarear el día
te hallarán en tu alcoba,
pálida como un lirio
que la brisa deshoja,
con las manos cruzadas
en tu lecho de bodas.

LA CASA TRISTE

La casita blanqueada
entre la verde arboleda.
Sangraba luz el crepúsculo
en las claras vidrieras.
Era una casa olvidada
á la vuelta de una senda
de rosales. Un silencio
de muerte reinaba en ella.
Sin voces... Siempre cerradas
las ventanas y las puertas.
Sólo en las tardes azules
de la alegre primavera,
cuando atropellados vuelven

los rebaños de la sierra,
envolviendo los caminos
en su blanca polvareda,
y á orillas de los sembrados,
puestas de rodillas, rezan
las segadoras el Angelus
que en las campanas resuena;
en esas horas se escapa
un perfume de tristeza
de la solitaria casa
por las ventanas abiertas...
  Es una antigua armonía
de empolvadas somnolencias.
Algo que empieza en un trémolo
de suspiros y de quejas;
se hace beso, y, luego muere
en una lágrima trémula,
que resbala en el crepúsculo
llenándolo de triteza...
  Vieja música que evoca
con sus lánguidas cadencias,
los dedos finos y pálidos
de unas manos muy enfermas.

HORAS GRISES

Horas grises... ¡Oh manos
pálidas de las tísicas,
manos idealizadas,
manos de sensitivas,
que en estas horas lentas,
sin sol y sin caricias,
sobre algún seno inmóvil
os cruzáis ateridas!
Horas grises... ¡Oh enfermas
y apagadas pupilas,
que á través de los vidrios
de los asilos, miran
con pavor á la sombra

que tenue se desliza
por los balcones, como
la Muerte por la Vida!...
  Horas grises... Sangrientas
horas de los suicidas,
del amor y del crimen
y de las agonías...
Horas grises... ¡Oh amada,
mi pobre amada tísica,
esas serán tus horas,
porque esas son las mías!

UMBRA

¡Oh, caricias en la sombra,
caricias largas y lentas
de labios devoradores
y febriles manos trémulas,
que en un sueño nos sumergen,
y al despertarnos nos dejan
más pálidas las mejillas
y más grandes las ojeras!

¡La carne en la sombra tiene
la suavidad de la seda!
Los labios, rosas de sangre,
hacen brotar, cuando besan;
y en las manos temblorosas
hay caricias tan intensas
que desfallecen los ojos
en una muerte de ojeras!

La luz de la tarde ha muerto,
y por la ventana abierta
la tentación de la sombra
resbaladiza penetra,
envolviendo el gabinete
en una caricia negra.

Fué la hora. En la penumbra
del salón, rendida y ciega,
inclinó sobre mis hombros
la pensativa cabeza;
y mis manos temblorosas,
rasgando la tenue seda
del corpiño, acariciaron
las tibias palomas trémulas
de su seno, que asustadas,
se estremecieron inquietas.

Nada perturba el silencio
de la alcoba que aun conserva
los perfumes escapados
de su negra cabellera.

Mis manos sienten nostalgias
de otras blancas manos trémulas,
de redondeces de seno,
de olorosas cabelleras

que al desatarse nos cubren
en una caricia trémula.

Mis labios arden de fiebre.
Besar ansiosos quisieran
la tentación de otros labios,
cerrar sus pupilas negras,
y envolver todo su cuerpo
en una caricia inmensa
hasta que se desplomase
rígida como una muerta.

¡Oh, caricias en la sombra,
caricias largas y lentas
de labios devoradores
y febriles manos trémulas,
que en un sueño nos sumergen
y al despertarnos nos dejan
más pálidas las mejillas
y más grandes las ojeras!

ROMANTICA

Tú en mis brazos has sido Julieta,
yo en tus brazos he sido Romeo,
y soñamos aun con la noche
de la alondra, la escala y el beso.

¿No te acuerdas?—Ya canta la alondra—
yo te dije, temblando de miedo
de apartar de mis labios tus labios,
de alejar de mis brazos tu cuerpo.

Y tú, loca, colgadas las manos
cual cadenas de amor á mi cuello,
acercando á mi boca tu boca,
me dijiste, llorando, en un beso:

—No es la alondra quien canta, amor mío.
Es algún ruiseñor que en el huerto
en las ramas del verde granado

da á la luna sus dulces acentos...
No brillaron las luces del alba...
¡Aun es tiempo, mi vida, aun es tiempo!

¿No te acuerdas, mi pálida Ofelia?
En países de brumas é inviernos,
tu escuchastes á Hamlet sombrío
implacable decir:—¡Al convento!

Y lo viste perderse en las sombras
con su pálido rostro de espectro,
taciturno como un condenado,
silencioso lo mismo que un muerto.

Y flotando en las ondas del río,
coronada de flores de almendro,
bajo el claro verdor de los sauces
deslizarte mis ojos te vieron,

con las pálidas manos cruzadas,
con los labios de amor entreabiertos
esperando aun helados y rígidos
el calor de mis últimos besos.

¿No has mirado en mis ojos, Desdémona,
fulgurar las pupilas de Otelo?

Una noche al dormirte tranquila,
—(en las manos el libro aun abierto,
y en los labios floridos del *Sauce*
aun vibrantes los últimos ecos),—
has sentido mis manos celosas
asfixiar cual dogales tu cuello,
y clavando en mis ojos tus ojos,
perdonando y mirándome has muerto...

ROMANCE DE AMOR

¡Alma mía! ¡Qué tristeza
tan horrible la que siento!
Ya mi vida se deshoja
lenta, y sus últimos pétalos
por las sendas del Otoño
arrastra y se lleva el viento.
Cada minuto que pasa
es una esperanza menos...
Siglos parecen las horas.
Y es mi dolor tan intenso
que sólo me deja vida
para sentirme más muerto.
Mi voz me espanta; me aturden
la soledad y el silencio.
Quiero huir, y me detienen,
quiero llorar y no puedo.
Hay una voz que me dice:

—De tus amores ¿qué has hecho?—
Y yo, cerrando los ojos,
despavorido contemplo
en el fondo de mi alma
un obscuro cementerio...
Y á esa voz ronca, las lápidas
de sus sepulcros abriendo,
se alzan, pidiendo venganza,
una legión de esqueletos.]
Sus uñas rígidas, frías,
siento clavarse en mi cuello,
y en mis labios babosea
la fetidez de su aliento,
y me aprietan en sus brazos
hasta estrangularme en ellos.
Me arrastran; siento que crujen
desencajados mis huesos,
que mis carnes se desgarran,
y se disipa mi aliento...
Y al despertar, y encontrarme
solo en este cuarto estrecho
que un largo ataúd semeja,
me parece que estoy muerto,
y que acaso con la vida
y con tu cariño sueño!...

CANCIÓN NOCTURNA

Caminante que cruzas por la vida,
pálido caminante,
llama á mi puerta y en mi lecho olvida
la eterna pena del vivir errante.

Caminar sin hogar y sin abrigo,
el cansancio sin fin de la jornada...
Tus sueños de amistad sin un amigo,
y tus ansias de amor sin una amada.

Dile á tu triste corazón que espere,
que aguarde siempre y que jamás se duerma,
que vele tu ilusión como á una enferma,
hermana nuestra, que de amor se muere.

De la Intrusa las manos temblorosas
no hilaron tu sudario todavía...
¡Para tu juvenil melancolía
mi jardín otoñal aun tiene rosas!

Deja á tu alma, errante peregrina,
que atraviese mis sueños como una
sombra negra y fugaz de golondrina
sobre el cristal azul de la laguna.

Te quiero como eres, taciturno,
con tu huraña altivez de incomprendido,
y oigo tu voz como un cantar nocturno
en el silencio del jardín florido.

La eterna sed de besos que te abrasa
ven á saciar en mí. Colma mi ruego
que por la sangre de mis venas pasa
tu amor como un espíritu de fuego.

Para ti se abrirá mi envejecido
hogar de Otoño, á la pasión cerrado,
y entre mis brazos te daré el olvido...
¡más que el amor y la amistad te han dado!

Para embriagar tu ardor, estremecidas
todas las rosas del rosal se abrieron,

y estan las brisas del jardín dormidas
soñando con las músicas que oyeron...

Nos aguarda una nueva Primavera;
la lampara nupcial tiembla en el viento,
y parece, nostálgica, que espera
para morir el soplo de tu aliento...

—¡No puede ser! ¡No puede ser! responde
tu voz, y al viento sueltas las guedejas,
como un fantasma, sin saber adonde,
en la nocturna lobreguez te alejas.

¿Qué misterio te empuja hacia lo arcano,
que me dejas morir abandonada,
como una flor que deshojó tu mano
bajo la sombra en paz de la enramada?

¿Adónde vas, si vela aun encendida
mi lámpara por ti; si yo te espero,
y en la inquietud suprema de la vida
no sé si vivo ó si esperando muero?...

. . . . . .

. . . . . .

¡Cállate ruiseñor en el granado!
¡Cantar, alondras, al nacer la aurora!...

La lámpara nupcial ya se ha apagado...
¡La virgen triste en la ventana llora!...

La escala del ensueño y del deseo
aun rota pende del balcón sujeta...
Dime, Julieta, ¿dónde está Romeo?...
Dime, Romeo, ¿dónde está Julieta?...

LA VOZ DEL SILENCIO

Corazón, corazón sueña...
Es de noche... Todo calla...
Hasta tus propios latidos
dentro del pecho se apagan...
No se escucha sino un leve
temblor de luz en la lámpara.

¡Oye la voz del silencio
porque es la voz de tu alma!
¡El silencio!... En él despiertan
voces muertas y olvidadas
canciones, tiene sonrisas,
y á veces besos y lágrimas...

Tu destino es como un monje
que en la celda solitaria

sorprendió la muerte un día
al final de sus plegarias,
de rodillas, con la frente
en las manos reclinada...

Surgiste sin saber donde,
y sin saber donde, marchas...
Has venido del Misterio
para perderte en la Nada.

Tu vida es sombra inconsciente
que entre tinieblas avanza...
Ayer fué lo que Hoy ha sido,
lo que Hoy fué será Mañana...

La misma sed en los labios,
igual niebla en la mirada...
Niebla que en la luz se aumenta,
sed que en la fuente se agranda...

La carne es tierra que siente
que la Tierra la reclama,
y hasta fundirse con ella
sufre y de amor se desangra...

¡Corazón, corazón, sueña
bajo la paz de la lámpara!
¡Oye la voz del Silencio
porque es la voz de tu alma!

CRESPÚSCULO DE INVIERNO

El agua en las gárgolas
canta la inefable
canción del invierno,
y tras los cristales
grises es un sueño
de bruma el paisaje.

De humo son las fuentes,
de humo son los árboles
que mustios parecen
flotar en el aire.

Ni un solo recuerdo,
ni esperanza...
Nadie
nuestras yertas manos
acaricia. Tañen
lejanas campanas...

Declina la tarde...
Todo lo que he amado
y me amó constante
bajo el negro olvido
de la tierra yace...
¡Oh, tardes de invierno,
oh, lluviosas tardes,
parece que todo
mi dolor lloráis!
El agua en las gárgolas
canta la inefable
canción del invierno,
y tras los cristales
grises es un sueño
de bruma el paisaje.

PEREGRINACIONES

¡Oh, la blanca casa abierta
á la vuelta de un camino!
Una virgen á la puerta
hila su velo de lino.

En la mano de una anciana
que, sonriente, se asoma
á la florida ventana,
pica trigo una paloma.

Y en la paz de la espesura
bajo el sol, sólo se siente
un perfume de frescura
con el cantar de la fuente.

Es la hora del descanso,
fatigado peregrino...

La casa es como un remanso
en mitad de tu camino.

Sé otra vez niño, y tranquila
volverá á arder tu mirada
viendo á la virgen que hila
su velo de desposada.

ENSUEÑO

Turbando la desierta
paz del jardín cercano,
una tímida mano
llama, lenta, á mi puerta.

La luna tu indecisa
visión traza en la alfombra,
y desgrana la sombra
el collar de tu risa.

Todas las madrugadas
conservan mis jardines
aun frescas las pisadas

de alguna sombra incierta,
que fué á coger jazmines
para su novia muerta.

MÚSICA DE OTOÑO

La hoja marchita de la rama vieja
se escapa, cruza con pausado vuelo,
temblando, el aire, y al caer al suelo
es como un alma que al morir se queja.

Un cementerio tu jardín semeja
bajo la gran serenidad del cielo,
y flota en todo un imposible anhelo
de algo que el sueño que la vida deja.

Agoniza el Otoño pensativo
en el jardín... Se incendia el firmamento
con un rojizo resplandor de fragua,

mientras un leve canto fugitivo
tocan los dedos móviles del viento
en el harmonium de cristal del agua.

ORFEO

Á AMADO NERVO.

Soy un pobre pastor. Con mi rebaño
sesteaba á la orilla de una fuente,
cuando miré flotar en la corriente
un instrumento musical y extraño.

Le puse el labio á ver cómo tañía;
lanzó un suspiro al soplo de mi aliento,
y era tal la dulzura de su acento
que el vuelo de las aves suspendía.

Todo callaba, hasta la clara fuente.
Y al extinguirse dolorosamente
su música en el aire, volvió el caño

de la fuente á correr más armonioso,
y hasta vi un viejo lobo silencioso
adormecido en medio del rebaño.

SOLEDAD

Al maestro ALFREDO VICENTI

LA ÚLTIMA PRIMAVERA

No ha llegado tu hora todavía.
Sus sandalias de nieve, Primavera,
no llevó á tus jardines... ¡Alma mía,
abre los ojos á la luz y espera!

Llegará con las flores tu alegría;
las alas de tu espléndida quimera
te elevarán, y un salmo de poesía
entonará en tu honor la tierra entera.

Verás entre tus manos temblorosas
florecer esperanzas como rosas;
bajo tus pies perfumarán las flores;

y del cielo, en un rayo de la luna
descenderá tu ensueño envuelto en una
túnica de nevados resplandores...

CREPUSCULO

Agoniza el crepúsculo en una llama leve.
Las ventanas del parque se encienden, una á una,
y en el azul rosado de la tarde, la luna
florece lenta como viva rosa de nieve.

Cruza un rumor de esquilas confusamente el llano.
Tiemblan, aleteando, los árboles del huerto.
Canta un coro de niñas, y de un balcón abierto
se escapan fugitivas las notas de un piano.

Reflejan los murciélagos sus vuelos fatigantes
de las verdes albercas en las aguas brumosas.
Es la hora en que á la sombra, los pálidos amantes,

del terrenal ensueño de la vida alejados,
se acarician, y olvidan sus manojos de rosas
sobre el musgo que cubre los bancos olvidados.

HUMILDAD

Ten un poco de amor para las cosas;
para el musgo que calma tu fatiga,
para la fuente que tu sed mitiga,
para las piedras y para las rosas.

En todo encontrarás una belleza
virginal y un placer desconocido...
Ritma tu corazón con el latido
del corazón de la Naturaleza.

Recibe como un santo sacramento
el perfume y la luz que te da el viento...
¡Quién sabe si su amor en él te envía

aquella que la vida ha transformado!...
¡Y sé humilde, y recuerda qué algún día
te ha de cubrir la tierra que has pisado!

LA ELEJÍA DEL RECUERDO

Si en tu jornada estéril adviertes, peregrino,
unos ojos que brillan detrás de una ventana,
no mires esos ojos y sigue tu camino...
Lo que te encanta hoy, te cansará mañana.

¡Y sin embargo es grato engañarse y ser bueno,
olvidar cuanto tiene la existencia de amargo,
entornar nuestros ojos bajo un beso muy largo
y llamar á la muerte sobre un cálido seno!

Sigue siempre el oculto impulso que te envuelve...
La esperanza hace hasta florecer el desierto...
Vive esperando siempre, en tu torre cautivo...

¡Recordar el pasado que se va y que no vuelve,
es cual si te enterraran, tomándote por muerto,
y en la angustia del féretro te despertases vivo!

LIBERACIÓN

Hay algo que aún me liga á la existencia.
Yo no sé lo que aguardo, pero espero
con tan honda ansiedad, con tal vehemencia
que no sé cómo, de esperar, no muero.

Que algo vendrá mi corazón presiente
para hacerme feliz ó hacerme daño.
¿Qué me traerá lo que aguardé impaciente?
¿La eterna paz ó un nuevo desengaño?

La noche avanza, y siento que á mi puerta
llama una mano poderosa y fuerte.
—¡Entra sombra esperada, ya está abierta!

¿Quién eres?—Y una voz clama afligida:
—Lo que tú quieras... El Amor, la Muerte...
¡Algo que viene á libertar tu vida!

RESPONSO

A través de las grises vidrieras empañadas
se ve el jardín de Otoño que á la lluvia y al viento
se estremece de frío y se deshoja lento
en un rumor de hojas y ramas agitadas.

El silencio profundo de la estancia convida
con su luz moribunda y su fúnebre calma,
á encerrarse en la obscura celda de nuestra alma
y evocar las imágenes borrosas de otra vida.

Mientras que en una vaga neblina de ceniza
la humedad del crepúsculo en la alcoba agoniza,
y yace en nuestras manos un libro abandonado;

la carne siente el frío y la tristeza helada
de algo nuestro que duerme en la tierra mojada
de algún viejo y remoto cementerio olvidado.

TRISTISIMA NOX

Y el temor de la sombra y el espanto
de lo que á veces siento entre la sombra...
Una voz misteriosa que me nombra,
ojos que miran á través de llanto...

Aliento de terror que me sofoca
y me asfixia; la mano vacilante
que acaricia mi pálido semblante
y estrangula los gritos en mi boca...

Y los ojos se cierran asustados,
y los dientes rechinan apretados
bajo el pavor de la visión inerte.

Y cuando el alba en los cristales brilla,
al disipar la negra pesadilla,
mi faz aún tiene palidez de muerte.

SOLEDAD

Vuelvo á la silenciosa calma de mi aposento
á buscar en mí mismo lo que fuera no hallé...
Traigo el alma cansada de oir á cada momento
esas frivolidades de mesas de café.

No me importa la vida de los otros. La mía,
á la luz de la lámpara, ahora me viene á hablar...
Quiero sufrir de nuevo con lo que antes sufría,
y, evocando recuerdos, sonreir ó llorar.

Tan sólo me intereso con mi propio destino...
A cruzar silencioso y á solas mi camino,
sin ayuda de nadie, la suerte me enseñó...

Y en esta interminable existencia sin calma,
sólo tuve una amante verdadera: mi alma,
y en mi dolor un único y fiel amigo: yo...

ESTÉRIL

En sus turbios espejos refleja tu mirada
el confuso y supremo cansancio de la vida,
el sopor fatigoso del alma adormecida
y el tedio y la impotencia de la carne ya hastiada.

Todo en ti ha muerto: el angel y la bestia. Tu frente
está virgen de ideas, tu corazón vacío;
y eres como una bella estatua del hastío
que habla y mueve los ojos automáticamente.

Sé bendita entre todas las más castas mujeres,
porque jamás tu seno concibió, porque eres
como piedra en el fondo de los mares caída.

Porque no dejan huellas los besos de tus labios,
y porque entre tus muslos elásticos y sabios
se pierde inútilmente la savia de la vida.

VORREI MORIRE

Sentir intensamente la vida. Haber amado
y haber sufrido mucho, tener el alma ciega
esperando en la sombra una luz que no llega
ó empeñada en dar vida á un sueño ya pasado.

Amar lo fugitivo. Enamorarse de una
sonrisa, de una sombra... Sentir la poesía
de alguna melancólica y lejana armonía
que, de un balcón abierto, vuela bajo la luna.

Desprecias lo mezquino. Hacer con loco empeño
del ensueño la vida y de la vida ensueño...
Extenuarse en una larga caricia loca;

y al final de una tarde magnífica y florida,
esfumarse en el cielo, abandonar la vida
con un sonoro verso de amores en la boca.

TERMINUS

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada.
¿Quién sabe si al final de la jornada
la propia obscuridad será el olvido?

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra.
Y soy en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada
que, cansada de andar sobre la tierra
regresa á los misterios de la Nada.

Á SOLAS

¡Llora, corazón mío,
llora el verte tan solo!...
¡Llora hasta que la vida
se escape por mis ojos!

Ni un amor ni un consuelo...
¡Sólo penas y odios!...
¡Mis plantas, sólo espinas,
mis manos, sólo abrojos
en la vida han hallado!...
¡Y me encuentro tan solo
que á mí mismo me espanta
mi soledad!...
¡Dichosos

los que reposan bajo
la tierra, en un remoto
olvido, de la vida
vencidos victoriosos!

El viejo claustro invita
á postrarse de hinojos,
y al pie de un crucifijo
morirse de abandono...

¡Felices los que aun saben
rezar, los que hacia otro
mundo mejor elevan
los suplicantes ojos!...

¡Piedad! ¿Para qué?
Nada
alegrará el tedioso
aislamiento en que vivo
muriendo...
Un calabozo

es la vida. Sus rejas
dejan mirar tan sólo
un cielo azul, y á veces
un ensueño de oro
del sol, que alumbra y hace
más triste mi abandono...

¡Llora, corazón mío,
llora al verte tan solo!...
¡Llora hasta que la vida
se escape por mis ojos!

TRISTE...

Hoy lo mismo que ayer. Siento las horas
como sombras pasar, lentas, iguales...
En mi jardín se secan los rosales,
y tú á lo lejos, en un sueño, lloras.

Yo no se lo que siento. Una tristeza.
extraña, misteriosas inquietudes...
Almohadas de negros ataudes,
¡hacer un hueco para mi cabeza!

Sólo me me alientas tú. Sólo tú tienes
un poco de piedad para mis penas...
Y estás tan lejos, que si á verme vienes,
tu dulce imagen la recuerdo apenas...

Siento miedo de hallarte tan lejana,
miedo de que al llegar de nuevo á verte,
contemple sólo el rostro de la muerte
tras el claro cristal de tu ventana...

MIS ÚLTIMOS VERSOS

Versos que yo sentí, dolientes versos,
vuestra suerte será la suerte mía...
Conmigo moriréis, tristes, dispersos,
bajo el olvido de la tierra fría.

Las mismas manos que alabásteis tanto,
quizás en una hora de sosiego,
para olvidar vuestro enojoso canto
sin compasión os echarán al fuego.

Y en castigo tal vez de que no hallásteis
para inmotalizarlas digno acento,
abriendo la ventana que cantásteis,
vuestras cenizas lanzarán al viento.

Y hasta sus ojos, con cruel desvío,
detrás de la empañada vidriera,
os mirarán flotar en el vacío,
sin verter una lágrima siquiera.

¡Oh, mis últimos versos, sin temores,
chorreando sangre, trémulos é inciertos,
volver hacia el país de mis amores,
rezar sobre la tumba de mis muertos...

Dar un beso en la frente de mi hija
y otro en los rojos labios de esa ingrata,
y decirle, al morir, que no se aflija...
¡Yo bendigo la mano que me mata!

EN LA SOMBRA

¡Llegarás!...
Una noche
de invierno, larga y lenta,
oiré el golpe medroso
de tu mano en mi puerta,
mientras la luz agónica
de la lámpara tiembla.

Entrarás silenciosa
como un fantasma, envuelta
en el negro sudario
de las cosas eternas;
y con voz sin palabras
murmurarás inquieta:

—«Prepárate...
La hora
de la marcha se acerca.

La última campanada
de las doce resuena,
y mis negros corceles
relinchan de impaciencia! »

¿Dónde iremos perdidos
en un mar de tinieblas?
¿De qué ciudad lejana
nos abrirán las puertas?

¿Florecerán las rosas
de alguna aurora nueva,
ó viajaremos siempre
por una noche eterna?

¡Responde, misteriosa,
negra sombra encubierta,
que tras de los cristales
de mi ventana, acechas
á que el postrer reflejo
de mi lámpara muera!

PAZ

Este cuarto pequeño y misterioso
tiene algo de silencio funerario,
y es una tumba el lecho hospitalario
donde al fin mi dolor halla reposo.

Dormir en paz, en un soñar interno
sin que nada á la vida me despierte.
El sueño es el ensueño de la muerte
como la muerte es un ensueño eterno.

Cerrar á piedra y lodo las ventanas
para que no entre el sol en las mañanas,
y olvidando miserias y quebrantos,

dormir eternamente en este lecho,
con las manos cruzadas sobre el pecho
como duermen los niños y los santos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
Oración	7
Elejía de la juventud	9
Tristitiæ rerum	11
Nocturno	13
Jardín de Otoño	15
Serenata á la juventud	17
Nihil Spes	19
Elejía de ensueño	21
Occéano	23
Pasionaria	26

La poesía de las cosas.

Animæ rerum	29
El jardín trágico	30
La vieja casa sueña	31
Angelus	32
Saudades	33
Al volver á la aldea	34
Crepuscular	35
La musa verde	36
Lluvia	37
Visión de crepúsculo	38
Paisaje de Otoño	39
Flor de estufa	40
Hastío	41
Nocturno	42
Más allá de la vida	43
La musa enferma	44
Tedio	45
Rosa del camino	46
Adiós á la Juventud	47

Págs.

Calvario..... 48
Intermezzo..... 49
Oyendo la lluvia..... 50
Romanza sin palabras..... 51
Fin..... 52

Horas de tedio.

I. Para ti son mis versos. Tú les diste..... 55
II. Dijo Cristo: —Bebed, esta es mi sangre..... 57
III. ¡Oh, nuestras fiestas! Las divinas bodas..... 58
IV. ¡Pascua del corazón! Alegres fiestas..... 59
V. Ya ha llegado el Otoño. El viento frío..... 60
VI. Hay algo que me arranca de tus brazos..... 61
VII. Mi vida es una eterna..... 62
VIII. Haré de mirra perfumar la cámara..... 63
IX. ¡Oh, el alma ensangrentada!..... 64
X. No oigas más el clamor de las turbas..... 66
XI. Amada, pobre amada, tú no sabes..... 68
XII. Hoja tras hoja desgarré aquel libro..... 69
XIII. Pasó como la lluvia por los campos..... 71
XIV. Este rojo crepúsculo de invierno..... 72
XV. Cuando á llorar sobre mi tumba vayas..... 74
XVI. ¡Bebamos, sí, bebamos, negra sombra!..... 76
XVII. Cansancio, fatiga..... 78
XVIII. ¡Chacales, leones..... 80
XIX. En los claros espejos del río..... 82
XX. Si hemos de naufragar tarde ó temprano..... 84
XXI. Recuerdos, recuerdos..... 86
XXII. ¡Oh, pálido Musset, triste poeta!..... 88
XXIII. Apagar la loca..... 90
XXIV. No esperes, corazón, que en tus martirios..... 92
XXV. La humilde ola que á la playa arroje..... 93
XXVI. ¡Piedad! Las manos juntas..... 94
XXVII. Una voz, esa voz que siempre siento..... 95
XXVIII. Santa pobreza mía..... 96
XXIX. Hay veces que mi alma..... 97
XXX. Espinas de mis sienes. Ironías..... 98
XXXI. Cuando una ola me arrojó á tus playas..... 99

Tristes amores.

CARMEN

I. Entre los encajes de alguna mantilla..... 103
II. Mi pena intento reprimir en vano..... 104
III. Recordando este amor sin esperanza..... 105

Págs.

IV. Jamás mis ojos volverán á verte 106
V. Como un corcel que al borde del abismo..... 107
VI. Pupila amante que á mirar alcanza 108
VII. Si tu insensible corazón supiera..... 109
VIII. Entre muros de encaje, mirando pensativa.... 110
IX. Tu carta es como una miserable emboscada... 111
X. Ya cada gesto nuestro es una mueca loca..... 112
XI. ¿Qué harás en esta hora? ¿Qué harás mientras medito?..... 113
XII. Envejecer hasta morir me siento 114
XIII. ¡Tú también me abandonas! También tu amor me deja..... 115
XIV. Sobre la tierra gris de los caminos..... 116

Ingenuas.

Tarde de estío.... 119
Invernal..... 121
Madrigal 123
La canción de las hojas..... 125
Noche de estío..... 127

Ritornelos.

I. ¡Yo era un niño, yo era un niño!..... 129
II. ¡Volver otra vez á veros!..... 130
III. La Virgen de los Dolores..... 131
IV. ¡Oh, pobre amor! ¿Dónde has ido?..... 132
V. Entre las gentes me veo..... 133
VI. No quiero verla á mi lado..... 134
La leyenda de los lirios 135
La balada de la Nochebuena 136
En el viejo mesón..... 138
Epitalamio..... 140
La casa triste..... 142
Horas grises..... 144
Umbra..... 146
Romántica..... 149
Romance de amor 152
Canción nocturna..... 154
La voz del Silencio 158
Crespúsculo de invierno..... 160
Peregrinaciones..... 162
Ensueño 164
Música de Otoño..... 165
Orfeo 166

Págs.

Soledad.

La última Primavera 169
Crepúsculo..... 170
Humildad..... 171
La elegía del recuerdo..... 172
Liberación..... 173
Responso..... 174
Tristísima Nox..... 175
Soledad..... 176
Estéril..... 177
Vorrei morire..... 178
Terminus..... 179
A solas..... 180
Triste..... 182
Mis últimos versos..... 183
En la sombra..... 185
Paz..... 187

150100 LS.
V7127t

Author Villaespesa, Francisco

Title Tristitiae rerum.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU